tad, tantas cariñosas palabras de simpatía, tantos augurios fraternales de almas gentiles!

Por esto es que, después de más de un cuarto de siglo, mi alma se restituye todavía á España, más à menudo que á ningún otro país de los que he visitado de cerca, y por esto también que, después de la Italia, sea esa la tierra de la que más halagüeño me es recordar, con el pensamiento, los entusiasmos y los sueños de mi juventud.

Y si el afecto y la gentileza no me la recordaran á cada momento, llevaríanla de continuo á la mente cien imágenes esparcidas en mi gabinete de estudio. En la pared y testero de enfrente á mi escritorio veo las cúpulas salientes y las columnas graciosas del *Patio de los Leones*, de la Alhambra, que parece que me envían un reflejo del sol sobre los papeles; en la pared opuesta hállanse sujetos y cruzados puñales de Toledo y navajas de Albacete; vése en otra parte un cuadro grande, en el que se extienden en forma de abanico y están representados confusamente, tipos y costumbres de aldeanos de Valencia, figuras de toreros, vistas de Madrid y de Córdoba, retratos de políticos y de escritores de toda la región de Bilbao á Cádiz; en una mesa redonda de centro hace de tapete una manta granadina; y á mi derecha, al alcance de mi mano, sobre un estante cargado de libros encarnados, brillan los nombres dorados de vuestros poetas, á quienes restituyo mi ardiente simpatía cada vez que se me reviven en el alma los recuerdos y las emociones de mi primer viaje, como si rebuscase en sus versos un soplo de mi juventud y tornase á escuchar la voz de vuestra patria.

Así, pues, vé también tú, pobre y ultimogénito libro mío, vé á reunirte con tus hermanos en la tierra que tanto amo, y de cualquier modo que te veas acogido, ríndele el saludo amoroso y reverente, y haz la expresión de la gratitud infinita que por ella siente tu padre

EDMUNDO DE AMICIS.

LIBRO PRIMERO

En medio del público

Así va el mundo
ó
Cómo anda la humanidad

Lo que un célebre escritor dice del estilo,—«el estilo es el hombre»—puede decirse, también, aunque no tan en absoluto, del modo de andar.

El hombre resuelto, el hombre de naturaleza ardiente y apasionada, ó el de índole y temperamento pacífico, tienen ordinariamente un modo propio de andar, en el que la manera de mover la cabeza ó el busto concuerda con los gestos, y los pasos rápidos, descompuestos ó lentos corresponden á las gesticulaciones con que cada cual suele acompañar, no caminando, la expresión hablada de su ánimo;

porque la manera de andar es en cierto modo la expresión animada, menos determinada aunque menos libre, de las artes inferiores.

El modo de pisar del hombre violento responde á la costumbre que tiene de golpear la mesa con la mano, como para decir *sic voleo, sic jubeo*; el agudo y agitado de la mujer nerviosa, concuerda con el acto febril con que estruja el pañuelo ó golpea el puño en la mano cuando está contrariada en sus caprichos; y el gesto ceñudo y provocativo del fanfarrón, semeja á su modo de abrir las piernas á derecha y á izquierda, como para ocupar el mayor espacio posible y advertir á las gentes que le hagan sitio.

Pero esta correspondencia entre el modo de andar y el carácter, está á menudo interrumpida y variadamente modificada por el estado de ánimo del día ó del momento; por la enfermedad crónica ó por dolencia pasajera; por el amor propio, por la conveniencia, por el espíritu de imitación, que la escuela de argumentar de los unos y de los otros presenta extraordinariamente complejo y difícil, y por consiguiente más atrayente y más delectable.

Y este trabajo de observación, lo hacemos todos, cuasi inconscientemente, de continuo. El modo de andar tiene bastante mayor parte, el semblante no tiene bastante menos de cuanto se crea, en el juicio instantáneo que solemos hacer sobre todas las personas desconocidas que encontramos y que de cualquier modo reclaman nuestra atención por la calle.

Tan es cierto que, instintivamente, nos paramos á mirar cómo camina toda persona que ha despertado nuestra curiosidad, como si su manerá de andar debiese de añadir alguna cosa importante à cuanto nos ha dicho su rostro, y, sospechando siempre en el andar un artificio, no nos parece jamás poder comprender bien al examinado, como cuando lo vemos andar en un momento en el que no pueda haber sospechado que se le observa; y que, cuando al andar, sin sospecha de ser observado, nos percatamos de

un ojo curioso que nos observa, experimentamos una sorpresa desagradable, como de una traición; como si aquel ojo hubiese descubierto algún secreto de nuestro ánimo.

***

Que en el modo de andar de los más entra el artificio, es evidente. Es artificioso el andar en todos aquellos que se precian de elegantes ó que creen conveniente una cierta gravedad adecuada al grado ó importancia social.

Pero es alterado, sobre todo, para esconder ó hacer menos visible enfermedad, debilidades, defectos físicos. El paso no es menos disimulado que la mirada. ¿Creéis por ventura que el andar derecho y esbelto de aquel viejo gallo que atraviesa el café dando vueltas al bastón, como si lo llevase por recreo ó entretenimiento, sea su modo propio de andar? Apenas ha salido, sus espaldas se curvan, sus piernas se aflojan y sus pies se arrastran por el suelo. ¿Pensáis que aquellas dos señoras que van á reunirse en un banco del paseo, conservarán siempre el aspecto de emperatrices? Son rivales de ambición: viéndose de lejos, han convenido las dos á un mismo punto, para mostrarse una á la otra, en toda su belleza, estructura y elegancia, aquel andar triunfal que abandonarán poco á poco; apenas se hayan vuelto las espaldas.

Así, no es natural el andar del joven empleado delante de su terrible jefe de oficina, ni el del rata que os viene al encuentro humildemente fijando la mirada en vuestro bolsillo.

Muchos toman un andar distinto al pasar de una callejuela solitaria á una calle frecuentada, ó por delante de la tienda donde haya colgado un farol, ó al ver de lejos á una persona de la que saben son tenidos en alto concepto.

Observad á esa joven señora sentada sobre el banco de un paseo: á treinta pasos de distancia, todos los hombres

que han de pasar por delante, adoptan otro paso, corrigen apresuradamente cualquier defecto de su modo de andar. Observad el andar forzadamente brioso de los gordos, que pretenden demostrar que no sienten el peso de su propia obesidad; el porte tieso y erguido de los muchachos, que tratan de alargarse; el artificio de los movimientos bruscos y extraños con que algunos, caminando, se ingenian para distraer el ojo del observador de cierta imperfección visible. Y si os queréis convencer de esta cuasi universal ficción, pasad por una de las calles principales en una mañanita de invierno, cuando hace frío agudo y nieva y nadie cree ser observado, porque no observa nadie, y os asombraréis de ver en muchas personas á quienes conocéis de vista, espinazos encorvados, espaldas estevadas, cojeras y bamboleos miserables, que no habéis visto jamás.

Si en pleno día, en un paseo concurrido por el mundo elegante, por un milagro, cesase de improviso en todos los ánimos todo sentimiento de orgullo y de vanidad, asistiríase á un espectáculo estupefectante: veríase millares de cuellos torcerse, de dorsos encorvarse, de pechos encavarse, de rodillas doblarse, de manos apoyarse sobre los bastones, como en una gran familia de autómatas, en que se rompiesen simultáneamente todas las tenazas que los apuntaban.

Como el hombre es el único animal que ríe, es también el único que artificia su pena.

***

Dignos son también de estudio los falsos andares adquiridos. ¿Quién no ha observado á muchos hombres altos, maridos de mujeres pequeñas, los cuales, acompañando á su caramitad, han tomado con los años un pasito corto, retenido, como dice del estilo *Giordano* el *Capponi*, y muchos hombres pequeños, maridos de mujeres altas, que han tomado un paso largo, ó la cosa inversa en ambos casos, según que en la pareja predomine la voluntad del uno ó del otro? Así también muchas personas toman poco á poco los andares de un alto personaje, que frecuentan ó acompañan á menudo, sin advertirlo ó de propósito, sea por espíritu de imitación aduladora, sea por manifestación puerilmente sincera de admiración. Algunas de estas sombras vivientes de hombres ilustres, en cierta ciudad, son notados por todos. Se ven ayudantes de campo de 25 años que han tomado los andares de un general sexagenario; cortesanos que caminan como el soberano; artistas *incipientes* que imitan el paso de artistas famosos. ¿No ha habido un gran monarca en torno del cual caminaban todos con la cabeza un poco inclinada á un lado, porque, por un defecto natural, él la llevaba inclinada de aquel modo?

Recuerdo haber visto cuando muchacho, en una pequeña ciudad de provincia, un viejo servidor que, en fuerza de seguir á su amo, un viejo noble, tipo original, un poco cojo, cojeaba también él, á pesar de tener las piernas como dos husos, y aún cuando iba solo.

Pero no todos los andares adquiridos son ridículos. Alguna vez habréis visto á una señorita que ha tomado los andares del padre ciego á quien da el brazo desde hace muchos años... un andar á pasos breves, cuasi contraida, con la espalda un poco inclinada á la derecha, con la cabeza inclinada ligeramente del mismo lado, como quien presta oídos á una voz apagada. ¡Cuánta gentileza hay en aquel paso que no es suyo, en el sacrificio que ella hace de su gracia juvenil, en la parte visible que ella toma en la desventura de su viejo, en el gesto amoroso de protectora, del cual ella no tiene conciencia, y que es como la imagen de su vida! Vese una sobre la ribera del Pó, que acompaña á su padre de aquel modo desde los diez años, tan graciosa, tan poética, que no se concibe cómo no se haya puesto todavía al otro lado del ciego algún joven rico, bueno y enamorado.

***

Son de un orden aparte los andares de la pasión, y los más curiosos de todos son los de pelea. Se ven con frecuencia por la calle. Dos personas que se odian ó no se hablan, al reconocerse de lejos, estiran el cuello como dos condenados, enderezan el busto como dos coracaros, estiran las piernas como dos zancos, y apresuran el paso el uno hacia el otro: un verdadero paso de carga. Sucede alguna desgracia—pensáis.—No. Pasan cerca uno de otro, mirándose á la cara y pisando fuerte, esto es todo: ha sido un simple duelo á golpes de tacón. Hay un buen número de gente juiciosa que desahoga sus iras y sus odios en esta forma incruenta, contra las losas de las aceras. Otros tienen otro modo menos beligero: visto por detrás su enemigo, lo alcanzan y le pasan delante sin mirarlo, adoptando un andar brillante, que significa buena salud, buenos negocios (ó buen estado), contento de sí, para hacerle sentir el aguijón de la envidia, ó caminando á grandes pasos y pidiendo lado ó sitio, con la cara levantada, que es como una declaración de guerra, en su dirección. Es lo más fácil de reconocer, también, el andar de aquellos que han tomado la resolución de ir á terminar de una vez una cuestión, á desentrañar *finalmente* una verdad, á hacer una escena de las que se argumentan para una pieza: con cada uno de sus pasos, y con los movimientos de los brazos que acompañan al paso, y con las sacudidas de la cabeza que acompañan al gesto, se fortifican ó afirman en su resolución, y es tan expresivo su andar que, al verlos pasar, parece oirse el sonido de las palabras que piensan y estáis cuasi tentados de hacerles eco, diciendo: —Sí, es tiempo ya de terminarla.—Hace demasiado tiempo ya que la toleráis.—Pero apresuráos, no os detengáis.

Y cómo se reconoce en el andar al joven que va á una cita amorosa muy deseada, con paso rápido y largo, con el rostro alto, con la mirada lejana, con un braceo que dice: —¡Largo infelices! ¡Ah, si supiéseis á dónde voy!

Y no es menos elocuente el modo de andar de ciertas

jóvenes parejas conyugales, que vuelven á casa de bracero, á cierta hora de la noche. El paso resuelto, no distraído por una sola palabra, un no sé qué de atrevido ó desvergonzado en los movimientos de la cabeza y de toda la persona, una concordia de movimientos que parece sea efecto de una voluntad única, dicen tan claramente sus pensamientos, ó por decir mejor, su pensamiento, que muchos se vuelven á su paso y les siguen con una mirada de curiosidad reflexiva ó sonriente, la cual hace pensar á otros transeuntes lo que no habían pensado ellos, y les hace acompañar en unión de los otros en la misma mirada.

Y á la misma hora, por contraposición, se oyen por la calle solitaria pasos lentos y pesados, que, sin duda alguna, son de viejos célibes arrepentidos, dirigirse hacia una casa obscura y triste, cuya vista hace retardar el paso como al que va á una cita temida, donde le espera una noticia desagradable.

***

Hay también muchos que dicen pronto lo que son y lo que piensan, como si sus pasos fuesen la repetición continua de una frase ó de una palabra.

No es menos cierto que algunos caminan de un modo que parece que van pregonando continuamente este período:—Yo—tengo—treinta mil—liras—de renta,—y—dos casas—en Torino;—soy caballero de San Mauricio y San Lázaro y consejero municipal.

Otros hay que, caminando, dicen de una manera clarísima:—¡Ah! yo reviento de fastidio: estas casas, estas calles, vuestras caras, todo lo que me rodea, me produce un tedio infinito, no sé adonde me dirijo, camino no sé como, vivo no sé por qué; estoy hastiado del mundo y de mí mismo.»

Hubo durante años, en Turin, un tipo original, barbudo, siempre solo, que en el modo de volver la cabeza, de sacar el pecho y de sentar los pies, decía á todo transeunte:—

¿Quiere V. batirse conmigo?—¿Está V. cansado de vivir? —¡Ah! ¡no me miréis fijamente, ó sois hombre muerto!

Hay andares que dicen:—Mirad cómo voy derecho y franco, ¿cuántos años me hacéis? ¿Cuarenta? He pasado de los sesenta.—Es increible.—¡Cuán bueno me siento! ¡Qué hermosa jornada!

Hay ciertos andares femeniles que expresan este pensamiento:—Miradme, ¿no soy una de las más bellas mujeres de Turin? Yo soy quien lo digo: quisiera ver que no fuéseis de esta opinión.

Otras dicen, no menos claramente:—Mirad este vestido nuevo, que cuesta trescientas liras en corte, sin adornos ni hechuras, y aprended, ¡oh, jóvenes! á hacer figurar la ropa.

Conozco unos andares de señora, que envuelven para el público un discurso de este género:—Yo paso á pie entre vosotros, por acaso, badulaques, porque tengo carruaje; pero no os miro, sabedlo, no os veo, no os tengo por mis semejantes, tengo horror á vuestro contacto y quisiera ignorar vuestra existencia. ¡Oh, Dios mío, todavía trescientos pasos de pisar fango!

Y, quién no reconoce los andares de la mujer, que dice con presteza:—¡Animo, á veinte pasos detrás; no habito lejos!

Pero el más expresivo de todos, y también el más frecuente dentro de lo extraordinario, es el andar varonil que dice al culto público:—¡Rebaño de imbéciles! ¿Vale la pena de tener una sombra de vanidad y de educación en medio de vosotros, de pensar siquiera en lo que podáis decir de mí? Mirad, en todos mis pasos yo hago una *spallata* á la sociedad, os doy una patada y expreso al mundo mi compasión con una sacudida de cabeza: no tengo otra ambición que la de juzgaros villanos, bufones!

Y en fin, ahí están los andares que gritan por la calle: —¡Oh, conciudadanos! ¿No me veis? ¿Pero adónde vais á buscar á vuestros diputados?

***

¿Y los andares que causan lástima, los que no sabríamos enumerar y describir? Son esos uno de tantos asuntos inevitables de tristeza que, por la calle, atraviesan bruscamente un curso de pensamientos alegres y os dejan alguna vez en el ánimo, por todo el día, como una nube negra, inmóvil, en medio del cielo sereno. Y cuán varios son: los del joven condenado á muerte por una enfermedad inexorable, que camina cautamente, como un sonámbulo, con los ojos fijos en alguna imagen fatal; los del viejo deshecho que sale por última vez, que apenas separa los pies de la tierra, que apenas alza los ojos al horizonte y para el cual cien pasos de camino por la vía son como un largo viaje por un bosque lleno de peligros, tras el cual volverá á entrar en casa, cansado y abatido, exclamando:—¡Se acabó, no saldré más!

Y entre éstos veréis también andares que revelan un esfuerzo afanoso, una obstinación desesperada en no querer renunciar al paseo, á querer andar en medio de la vida, á precio de toda fatiga y de todo riesgo hasta el último hálito, por un terror invencible á la soledad y al silencio. ¡Oh! ciertos vaivenes, ciertos pasos, de qué lúgubres pensamientos se comprende que van acompañados! Y de los más lúgubres de ellos no son la vejez ni la enfermedad su principal causa.

Los andares más dignos de compasión son aquellos que aparecen efecto de grandes desengaños, de injusticias del mundo, de reveses de fortuna, de familias mutiladas y desmembradas por persecuciones largas é implacables del destino, de los cuales el uno tuvo encorvadas las piernas, el otro roto el cuello, éste rotas las clavijas, aquél la espina dorsal encorvada. Cuando esto se piensa, la vía pública se os presenta como un campo de batalla donde desfila una procesión de heridos de todas edades y de todos sexos,

que se arrastran, vacilan, se apoyan en los muros, se paran un poco á tomar aliento, se detienen espantados al rumor de un carruaje, se vuelven temblando á un grito ó á un ruído, escapan disparados á la vista de una refriega, como á la vista de una pendencia.

Pero es quizás más triste aún ver las personas sanas y fuertes, en cuyos andares se comprende que van entre la gente como si fuesen solas, indiferentes á las miradas, á las sonrisas, á los choques, á los rumores, como si no tuviesen alma, y no son otra cosa que espectros, los cuales para desaparecer del mundo cuando les llegue la hora, no tendrán más que tomar violentamente la propia forma visible.

Mas, no; más triste de ver que éstos es el hombre que en el vigor de la edad camina franco y seguro, y todo de un tirón, con un paso falso, imposible de confundirse con todo otro paso, que os revela que el órgano directivo de toda su impulsión está herido, que la parálisis progresiva se extiende, que, infaliblemente, caminará menos firme hoy que mañana, y menos que mañana, pasado mañana, y que su vida no será más que un bamboleo, una vacilación cada día más descompuesta y más pueril hacia la tumba.

Empero, no: es aún más triste de ver al joven bien vestido, todavía altivo en el porte, y sonriente á los saludos, que al mirar su rostro pálido, hace pensar:—Es un vicioso.—Y al verle los ojos velados hace decir:—Es un enfermo;—y al observar su paso lánguido, hace exclamar: —¡Tiene hambre!

***

Los andares son el primer indicio de la decadencia física: la primera demostración del tiempo está en las piernas. Volved después de muchos años á una ciudad donde tengais muchos conocidos: los más de éstos, cuando los encontráis cara á cara, no os parecen apenas cambiados, y os regocijáis de ello; pero si después de la despedida os volvéis á mirar cómo caminan, el efecto de los años acumulados se os muestra al punto. Aquel cierto movimiento de caderas que se veía, si y no, aquel arrastrar ligero de un pie, aquel movimiento de picoteo incesante, que no era casi perceptible, ¡cómo aparecen distintos ahora que no están refrenados por el amor propio juvenil, siempre vigilante!

Y á la señora que de joven cortejaste, y que reconociste por la calle, siguiéndola, todavía fresca y hermosa, como os aseguraron, todavía delgada y esbelta, como veréis, ¿qué le ha ocurrido, qué le ha robado el encanto del andar y la ha privado de ciertos movimientos para que de pronto ella no sea la misma! ¡Ah! no diréis más, como entonces decíais, que á cada uno de sus pasos, os esperáis que alce el vuelo.

Os parece ahora bien decidida á proseguir su humilde camino de criatura mortal. He aquí un pequeño chasco: el borde extremo de su vestido se levanta; sí, es todavía aquel pie; pero un pie que deprime, no lame, esta pobre corteza, y que parece que está pegado á la tierra, ¡ay de mí! como todas vuestras pasiones lo están, quizá, también, como la suya.

Y del amigo, del pariente querido, al que, después de largos años de separación esperáis ansioso en el salón de su casa, ¿no es tal vez el paso que se aproxima, pesado y lento, el que os advierte tristemente, antes, de que no veréis más la persona querida á la que abandonásteis?

Así como el niño, según Victor Hugo, al crecer deja tras de sí una fila de pequeños fantasmas de forma sucesiva, así nosotros, tras de nuestros parientes, vemos una hilera de fantasmas, que no nos representan tanto el aspecto cambiado de su rostro, cuanto el cambio sucesivo de sus andares. El rostro parece siempre igual, porque se sonríe con la misma dulzura que viene del alma inundada de alegría, y la semejanza de aquella sonrisa oculta la altera-

ción de sus líneas. ¡Pero el paso! Cuando vuestra madre, octogenaria, encorvada, atraviesa la estancia para salir, veis una imagen menos corva que la precede un paso, otra casi derecha que la precede un salto, una tercera derecha y ligera que está fuera de la puerta, mientras la persona viva se vuelve todavía á sonreiros; y se os encoge el corazón al pensar que al año siguiente la veréis precedida de otro nuevo fantasma, que será el de la realidad de ese día.

***

Y el paso de la sugestión? Es tal vez el más digno de estudio. Lo pongo aquí para alegrar la materia. Es la aflicción de todos aquellos que tienen un excesivo amor propio, unido á la conciencia de un andar incorrecto. Estos caminan *con las piernas envueltas*, según la expresión del Dante; de lo cual pienso que haya tomado Manzoni *el paso confuso ó enredado* de don Abundio, cambiado después, con mi queja, *en paso legado ó heredado*.

¿No es una lástima ver un hombre tan hecho á sacudir, tirar los piés de aquí y de allá, casi tropezar bajo la mirada simplemente curiosa de un semejante suyo, como si aquella mirada, penetrándole en la nuca, lo hiriese en el centro regulador de la locomoción? ¡Oh, miseria humana! Por el presentimiento de un tal suplicio, hay gentes que tienen más miedo á atravesar un salón que un campo de tiro; que queriendo salir á las diez están clavados allí hasta la media noche, para ser los últimos en salir; que por salir inadvertidos luchan por espacio de una hora, mudándose de silla en silla, como quien vadea un río de piedra en piedra, hasta un paso de la salida; y que cuando se ven obligados á hacer la travesía terrible, caminan con la más grotesta afectación de desenvoltura, apretando los talones, tendiendo y abriendo las piernas como barreras, haciendo toda especie de duros movimientos angulosos, por si pregunta algún ingénuo:—Quién es aquel petulante que se burla del mundo?—Se burla? Es un error insensato. Si éstos debieran hacer en el palacio del Czar, bajo el fuego de mil miradas, aquel cierto desfile *á la polonesa* que tan bien describe Gautier, caerían fulminados en medio de la sala. Los andares de la sugestión! Qué fuente de asuntos cómicos más inagotable! Los mejores sabios y los filo-dramáticos lo dan vergonzosamente cuando atraviesan solos el palco escénico con un paso que debiera ser natural: ¿no parece que sus piernas sean movidas por dos voluntades diversas, que sus brazos pesen como dos mazas de Hércules y que el tablado sobre el que caminan esté sembrado de clavos intangibles y regado de pez greca?

Sin embargo, el paso de la sugestión tiene también su gracia. Atended á una hermosa muchacha tímida y sola, que pasa delante de un grupo de hombres, por los cuales era esperada «al paso» con la mirada aguzada y la lengua afilada. Enrique Heine, que inventó «el corazón que tiene mal de dientes,» diría que sus piernas «perdonan la cabeza;» pero aquella vacilación desarmónica del pudor sobresaltado, aquel movimiento brusco del bello cuerpo que se contrae como bajo la picadura de cien alfileres ó al contacto brutal de una mano invisible, son más seductoras mil veces que la más elegante desenvoltura.

Y quien quiera hacer sobre el asunto mayor estudio, vaya al Municipio á ver pasar la joven esposa entre dos alas de curiosos, y verá pasos desiguales, andares á zigzag, apariencias de embriagez y dobladuras imprevistas de rodillas y aberraciones infantiles de pies tropezando en el vestido blanco y toda especie de pequeños movimientos embarazosos de impaciencia, de una gracia y de una gentileza sin igual, que inspiran un sentido mixto de piedad, de simpatía, de estupor, como aquellas ilusiones pasajeras de felicidad, que acariciamos en el ánimo, tal vez sabiendo que son ilusiones.

***

Se ve en ciertos andares una gracia moral, independiente de la gracia física: una belleza que viene del alma y va al corazón, no vista sino por el ojo del que ama, indefinible y potentísima.

Ciertamente era muy graciosa á los ojos de todos aquella forma gentil de esposa que parecía que anduviese

«con las alas abiertas y sobre el pie ligero»

mas los ojos de él ven además una gracia nueva, infinitamente más dulce y querida que aquella, en el andar lento é incierto y un poco infantil, que le recuerda á cada paso que ellos no están ya solos en su casa, que de su amor ha nacido un amor, que su beso ha creado una vida. Así los primeros pasos inciertos y oblícuos del joven convaleciente, que parece que empieza á andar, son como la aparición de un Dios resucitado á los ojos de la pobre vieja, que por largos días temió no verlo ya más pisar la tierra; y también, una gracia casi divina durante aquellos días en que el esfuerzo de una carrera descompuesta y compasiva para sí mismo, á su lamento, ella se lanzaba, demudado el rostro, á su cabecera. Se ve algo de muy vago y muy poético en el esfuerzo interno, pero á la vez retenido y como velado de dignidad, con que la bella mozuela que ama y es amada, caminando bajo la mirada de su prometido, burla ó trata de disimular el defecto por el cual uno de sus diminutos pies debe bajar más que el otro para tocar la tierra; esfuerzo visible, más que del paso, de los ojos, vivo é inquieto, en el que todo el vigor de la voluntad, excitada por el corazón, se expresa en un sentimiento de amoroso afan, con una sombra de vergüenza miedosa de hacerse traición, como el esfuerzo voluntario y sonriente del herido que dice por piedad de los otros y de sí mismo:—No

tengo nada.—O los pasos de los pobres viejos, de las pobres mujeres, de las pobres criaturas fatigadas y enfermas, acudiendo las primeras, por un impulso imperioso de un alma buena, adonde resuena el grito de una vida en peligro; los pasos de dos criaturas humanas que, después de muchos años, devoran el último trayecto del espacio inmenso que las separa, corriendo la una hacia la otra, como si quisieran envolverse para siempre y fundirse en un solo cuerpo; los pasos de la mísera mujer que, con un niño en brazos, acompaña hasta que se lo consienten las fuerzas, al tren que parte, para hacer la última recomendación y el último ruego al marido que emigra á tierras lejanas, no viendo nada más en el mundo que los ojos que piden y la mano que promete; ó los pasos desiguales, violentos, insensatos, de los cuales sonríe el observador sin entrañas, pero que hacen extremecer al corazón en el que vibra todavía una fibra de hombre, pasos que dicen bondad, piedad, valor, amor, y que dejan impresas en la memoria como palabras dulces y solemnes, afirmando la gentileza de la naturaleza humana.

***

—Y de la gracia, de la belleza ideal de ciertos andares de mujer, no hay que decir nada?—Y cómo decir, con una pobre pluma entre los dedos? El mismo Petrarca no pudo decir de ellos otra cosa que

No era el andar suyo cosa mortal

en verso «de regia extirpe», como diría un crítico argentino; pero que en suma no da una imagen determinada; y aquel otro suyo,

Y dulces pasos honestamente mueve